



MONTE-TORO

REVISTA MARIANA MENSUAL

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Redacción y Administración: José M.^a Quadrado, 40. = 10 Cénts. número

AÑO V. *

CIUDADELA Y MAYO DE 1916.

* NÚM. 54.

SUMARIO:

«¡Al Monte Santo!», por D. Ricardo Beobide, Salesiano, pág. 33.

«Orden de la peregrinación», pág. 35.

«Impresiones de Menorca»: «Un punto de vista único», por D. José Cotrina Ferrer, Capitán de Artillería, pág. 36.

Sección histórica: «Efemérides monte-torinas» pág. 38.

Sección recreativa: Jeroglíficos, pág. 40.

Folletín: «Selectas», novelas y narraciones cortas, recogidas en album, traducidas y arregladas expresamente para **Monte-Toro**, por el Dr. D. José Tudurí, Pbro.

¡AL MONTE SANTO!

HACE pocos días, cuando con gran satisfacción mía dirigía yo mi pobre palabra a un numeroso y escogido concurso que se había congregado para rendir un modestísimo y obligado tributo a una gloria de la Religión, de la Patria y de la Humanidad, cerraba mi desaliñado discurso con esta exhortación que, más o menos textualmente, transcribo a continuación:

«Yo espero que uno de aquellos rayos, (los que brotarán del Corazón Sacratísimo de Jesús cuando su bendita estatua monumental corone la cúpula de su templo Nacional del Tibidabo) yo espero que uno de aquellos rayos llegará también a Menorca, atraído por la Virgen Santísima del Monte-Toro: para inundarla con haces de luz y de amor y ahogar con ellas el germen de maldad que pugna por desarrollarse también en vuestra isla. Lo espero para bien de Menorca...

»Pero si aún a pesar de esta solicitud maternal de vuestra Guardiania y Patrona, y no obstante esa alta protección divina el mal crece y si llega día en que, por nuestro abandono y nuestra desidia, los seculares peñascos y fortísimos acantilados de vuestras costas no bastan a contener la furiosa ola de la impiedad y logra esta

irrumper en la isla, inundar sus campos, anegar sus llanuras y pueblos, aun entonces, señores, no nos consideraremos perdidos; un remedio nos quedará todavía: volaremos al monte santo, al Monte-Toro y nos elevaremos a su cumbre. Y si desde aquí vemos con infinito espanto que las aguas pútridas, pestilentes de la impiedad, anegada ya la isla, van subiendo, subiendo y amenazando con cubrir también el Monte, nos refugiaremos entonces en el templo bendito que lo corona y una vez allí, bajo el manto de la Virgen y el amparo del Corazón de Jesús, estaremos seguros: porque cuando las aguas hayan cubierto por completo el Monte, aquel sagrado recinto se convertirá para nosotros en *Arca de Noé* que quedará flotando sobre las aguas!»

La cariñosa ovación que acogió estas últimas palabras no fué premio al orador sino sencillamente la exteriorización de un interno asentimiento común al concepto expresado: era una protesta ferviente de amor a la Virgen del Toro, perpétua y diligentísima centinela de la isla, que la pone al abrigo de todo acometimiento enemigo.

No soy yo, ciertamente, el llamado a recordar estas pruebas de la Maternal Protección que llenan todo un riquísimo historial, ni a poner de manifiesto las preciadas ejecutorias alcanzadas por la Virgen del Toro en el decurso de los años durante los que continuamente intercede por sus protegidos: otras plumas más autorizadas lo han hecho y seguirán haciendo en esta Revista. Pero lo que sí quiero inculcar y recomendar con toda insistencia a todos los amiguis nos isleños es que no dejen disminuirse un punto esta tradicional devoción a su Patrona bienamada: y que esta devoción bendita se manifieste por todos ostensiblemente, en el próximo día 14, señalado para la anual peregrinación a la montaña santa.

Pero hay este año una magnífica circunstancia que reclama especialmente para ese día una solemnidad, un entusiasmo y un fervor extraordinarios: ¡la entronización felicísima del Corazón de Jesús en el punto culminante de la *roqueta*!

Idea hermosísima, que únicamente pudo nacer en un corazón enamorado del Reino de Jesús sobre la tierra: ¡colocar junto al fanal clarísimo que de tiempo inmemorial ilumina la isla, un potentísimo pararrayos que la preserve en adelante de toda maléfica influencia de la impiedad! Por mis escasas relaciones, no conozco aún al que ha ideado este magno acontecimiento: mas sea quien fuere, yo desde aquí, públicamente, y creyendo interpretar los sentimientos de todos los católicos menorquines, le doy gracias cumplidas.

Si tantas bendiciones ha hecho llover desde el cielo a la feliz Menorca ¡la presencia bendita de nuestra Madre, ¿qué será despues que entronice nos y aclamemos por Rey de nuestra isla al Corazón de Jesús, que dice: «Cuando yo fuere llevado a lo alto, todo lo atraeré

hacia mi? Palpablemente hemos de sentir sus benéficos resultados.

Ea, pues, católicos menorquines, ¡a vuestro Monte santo el día próximo 14! ¡A contestar con entusiasmo ardiente con este grito sublime *¡Queremos que Este reine sobre nosotros!* a aquella amorosísima palabra *Reinaré* pronunciada precisamente *en ese mismo día 14 de Mayo* al Venerable Hoyos!

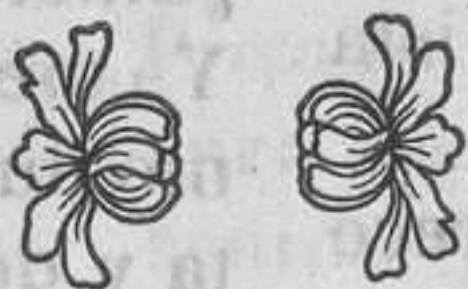
¡A alegrar a la Madre con la glorificación solemne, entusiasta de su Hijo divino!

¡A rogar a esta celestial bilogía que guarde a Menorca!

Sursum Corda! ¡Arriba los corazones! ¡al Monte Santo!

RICARDO BEOBIDE, *Salesiano.*

Ciudadela, 2 Mayo, 1916.



ÓRDEN DE LA PEREGRINACIÓN

UN repique de campanas que a las *siete y media en punto* se dará por la mañana del día 14 en la parroquia de Mercadal, será la señal de formación de la romería, organizándose ésta en la misma iglesia y dirigiéndose seguidamente a Monte-Toro. Precederán las señoras, seguirán los caballeros con el pendón del «Círculo Católico», y será llevada en andas la preciosa Imágen del Sagrado Corazón.

Durante la subida al Santuario se rezará el santo Rosario y se cantarán letrillas religiosas. Se procurará que sea lo más solemne posible la entrada de la romería en la iglesia de Monte-Toro.

Media hora después de la llegada a la cumbre de la montaña comenzarán los divinos Oficios con sermón. Terminada la Misa Mayor se leerá la acostumbrada fórmula de Consagración a la Santísima Virgen, se recitará la Oración por la paz, y se dará fin con el cántico de algún himno sagrado.

El Excmo. Prelado Diocesano concede 50 días de indulgencia a las personas que tomen parte en la Peregrinación.



IMPRESIONES DE MENORCA

(1)

UN PUNTO DE VISTA UNICO

EN estas impresiones rápidas y modestas vamos observando a Menorca desde distintos puntos de vista, el industrial, el artístico, el recreativo, etc. El punto de vista que adoptamos ahora es el Monte Toro, punto singular por ser el más elevado; desde la cúspide de la montaña apreciaremos lo que es esta isla a vista de pajarero.

En sí, el Monte Toro no ofrece nada de particular; es una elevación como hay muchas, muchísimas en España, y aun comparada con éstas, figuraría entre las que menos se alzan sobre el nivel del mar; es una bambolla barriguda que le ha salido a la roca menorquina, en cuya cima, como en muchas cimas, hay un ermitorio. Y nada más.

Pero nosotros no podemos apreciar en el Monte Toro lo mismo que apreciaríamos en un monte cualquiera; porque este que nos ocupa tiene una tradición que proclama en las edificaciones religiosas de su vértice; tiene un valor relativo sobre el territorio menorquín que le da una importancia absoluta en la

consideración que queden merecidos los accidentes del terreno, por ser la mayor elevación de toda la isla; y es el caso de Monte Toro, único, que sepamos, para todo el que ame los soberbios panoramas y que se deje cautivar por la contemplación de los bellos espectáculos de la Naturaleza.

La primera preocupación que debiera sentir cualquiera entidad fomentadora del turismo en Menorca, debiera ser el Monte Toro. ¿Existe hoy tal preocupación? Y me permito dudar de ella, como dudo de que la entidad exista y de que exista el turismo; al menos, en términos de positiva eficacia, ya que en el orden de la buena voluntad hay en Mahón sociedades que piensan en todo ello, pero que ven desvanecerse sus alientos en medio del aislamiento y la indiferencia más incomprensibles.

La tradición del Monte Toro es muy sencilla. Es la de todas las Virgenes que se descubrieron en España después de la Reconquista, con la ligera variante que localiza en esta tierra la general versión. Desde un convento próximo a la montaña los mercedarios divisaron en el pico una luz y se encaminaron a ella guiados por un toro que fué abriendo paso a la comitiva, desembarazando de obstáculos el camino a seguir. En lo alto del monte, bajo un montón de piedras, se halló una imagen de la Virgen con el Sagrado Niño en brazos. Cuatro años después de conquistada la isla a los arábigos por Alfonso III de Aragón, la Virgen

(1) Con este epígrafe dió las noches del 24 de noviembre y 15 de diciembre de 1915, el Capitán de Artillería D. José Cotrina Ferrer, dos conferencias, que se publicaron en la *Revista de Menorca* y de las que, por referirse a Monte-Toro, tomamos este fragmento, copiado de la mencionada *Revista de Menorca*, correspondiente a Marzo del corriente año, tomo X, página 70.

del Monte Toro era ya venerada en un santuario erigido en la cima del monte, que desde entonces lleva su nombre. Allí, en el más alto lugar de Menorca, la fe y la tradición han puesto, como corona de la tierra isleña, una Santa Patrona que sea mensajera de las súplicas que los menorquines elevan al Cielo. La piedad cristiana, lleva hasta las alturas del monte a los habitantes de toda la isla, y en invierno y en verano las visitas al Santuario son continuas. Es aquél, el Montserrat menorquín, pero sin ferrocarril de cremallera, ni gran hospedería, ni mozos de escuadra; se ve en Montserrat que irradian sobre aquella mansión los destellos de populosidad de las ciudades cercanas; en Monte Toro, por el contrario, se refleja la humildad y modestia de esta isla, con toda la apacible atracción de aquel lugar tranquilo que preside un territorio donde la calma no se turba jamás.

Pero, sin cremallera y sin ferrocarril que lleve al centro de la isla donde el monte se alza, vale la pena de llegar a Mercadal, alquilar un borriquito, y a lomos del asno, ascender hasta la cuspide del Toro; no os pesará, a medida que vayáis escalando las faldas de la mole pétrea, iréis viendo aparecer el mar a lo lejos, divisaréis más tarde un trozo de la costa Norte, apreciaréis luego al detalle los accidentes sin cuento de ella; en un cambio obligado de dirección veréis asomar la inmensa llanada oriental, verde alfombra en la que los pueblos, las tancas y los caminos

dibujan figuras propias de espléndido tapiz, y cuando hayáis llegado a la meta, os acogerán allí con ingénua cortesía un Cura, todo bondad, y unos venteros que harán por vuestro servicio cuanto está al alcance de las humanas posibilidades a los trescientos cincuenta y pico de metros de una altura a la que se ha llegado a pie, o cabalgando en un rucio. Visitaréis, si sois fieles creyentes, la capilla antiquísima de la Virgen; veréis luego, las obras que por cuenta del Prelado menorquín se realizan para restaurar el Camarín; pasearéis por el ala que queda en pie de lo que fué convento en el primer tercio del pasado siglo y subiréis, por último, a un vetusto torreón, atalaya presidencial del territorio, torre de un vigia menorquín, con cuyo destino queda revelada la prominente situación que ocupa y la singularidad del motivo por qué nos ha impresionado tanto la visita al Monte Toro.

Yo no sé si existirá algo que de tal condición absoluta esté provisto; ni Montserrat, ni el Desierto de las Palmas, ni las infinitas alturas hispanas, que llaman la atención del viajero a son de propaganda, tienen la propiedad de hablar al alma, como habla el Monte Toro al visitante cuando asciende hasta su cumbre y se instala en el torreón que ocupa la mayor altura. Cuando miramos desde una de las citadas, vemos extensiones grandísimas de terreno, vemos la tierra a nuestros pies como dominada por aquella maravilla natural,

pero no sentimos el ánimo em-
pequeñecido, no nos formamos
ideas de aislamiento ni de sole-
dad, las tierras que vemos se es-
fuman a lo lejos, pero sabemos
muy bien que a ellas siguen
otras tierras, y a esas otras, y
que el mundo no acaba porque
se oculte a la inquisitiva pérse-
cución de nuestra vista. Aquí no;
aquí, en el Monte Toro, nos ve-
mos en medio de una tierra que
está rodeada de mar por todas
partes; y ello lo vemos con una
claridad que no puede imaginarse;
el espíritu se ve encadenado
por la idea de su pequeñez, de su
aislamiento, de su soledad, por-
que doquier dirija la vista el mar
se le muestra con su atracción de
abismo, doquier escrute con la
mirada el mar se le muestra con
sus alharacas de inmensidad, y
doquier ponga los ojos el mar
se le presenta como cinturón
que aprisiona y no permite la
evasión sin lucha y sin tra-
bajo.



EFEMÉRIDES

MONTE-TORINAS

24 DE MAYO DE 1876.—El Excmo.
Sr. Dr. D. Manuel Mercader y
Arroyo, Obispo de esta Dióce-
sis, publica una circular, en la
que dispone la celebración de
una peregrinación al Santuario
de Monte-Toro, para el 11 de

Estas sensaciones que produce
en el ánimo la extensión de la
vista desde la cima del Toro,
sensaciones que se deben a en-
contrarse en una isla y ser el
monte el más alto, con abruma-
doras diferencias sobre los de-
más del territorio, hacen de
nuestra altura, quizás un sitio
único en su género de los que
pueden atraer al amante de la
Naturaleza.

Subiendo al Monte Toro, los
creyentes sienten elevarse su es-
píritu al Dios que da allí idea de
la grandeza de su poder; los filó-
sofos y pensadores se dedican a
meditaciones y lucubraciones so-
bre la pequeñez del hombre y la
grandiosidad de la Naturaleza;
los poetas, reciben allí el soplo
divino de la inspiración, y no
hay quien, influido por la solem-
nidad de la situación, no sienta
en su alma el recogimiento im-
ponente que produce lo extraor-
dinario, lo intenso; quizás, único
por su sublimidad.



Junio, Dominica de la Santísi-
ma Trinidad, con motivo de
haberse terminado las obras
de restauración que en dicho
Santuario se verificaron.

30 DE MAYO DE 1800.—Es firmado
en Venecia y publicado por la
Sagrada Congregación de *Pro-*

paganda Fide, el decreto, erigiendo los Conventos de Agustinos de Menorca, en Congre-

gación particular, en la que se hallaba incluido el Convento de Monte-Toro.



— Cristo, pensaba, debió ser un gran filósofo, un discípulo de Platón, Sócrates o Aristóteles y supo seducir a los pueblos con especiosos sofismas. Nada más...

El espíritu aventurero de Teófilo hubiera querido estudiarlos, discutirlos y rebatirlos de la misma manera que había estudiado, discutido y desentrenado los otros antiguos sistemas.

De súbito palideció y su corazón oprimido latió fuertemente.

El Prefecto irritado al oír las serenas palabras de Dorotea y las reiteradas negaciones de renunciar la fe cristiana se deshizo en insultos y amenazas.

La joven lejos de amedrentarse, alzó valerosa la frente, desafiando la tormenta.

Un soldado cogiéndola brutalmente la arrastró hacia la dorada estatua del ídolo, levantada enfrente del tribunal.

Grandes gotas de sudor corrían por las sienas de Teófilo.

Abandonando su puesto llegó con paso rápido al lado de Serenio cuyo rostro expresaba una fría crueldad mezclada con feroz gozo.

— ¡Prefecto! le dijo con dureza; todo acusado antes de ser condenado puede intentar justificarse. Yo reclamo este derecho para Dorotea. Soy abogado. Dejadme defenderla.

La voz de la fama había llevado ya a Serenio el nombre y el elogio del brillante abogado. Teófilo, amado de todos, era una autoridad en Cesarea, una autoridad con la cual el Prefecto, llegado ayer, creyó prudente contar.

— Sea; respondió. Yo quiero mostrarame no sólo justo, sino también generoso. Accedo a tu petición, aunque los cristianos por la voluntad de los divinos emperadores, están puestos fuera de la ley. Conducirán de nuevo a Dorotea a la

SECCIÓN RECREATIVA

N.º 7.

JEROGLÍFICO

N.º 8.

JEROGLÍFICO

K R ne $\frac{DA}{ASA}$

22 TT

Advertencia.—Al primero de nuestros suscriptores que envíe las soluciones antes del 1 del próximo mes, se le hará un bonito regalo, y a los cinco que sigan en orden, otro regalo inferior a cada uno respectivamente.

Imp. y Lib. del Sagrado Corazón de Jesús. — Ciudadela.

32

SELECTAS

Un sacerdote de Apolo presenta incienso a la joven cristiana en una concha de nácar, después de haber avivado el fuego sobre los trípodes de plata.

—Haced humear el incienso, dijo con fingida dulzura. Apolo es el dios del sol. El sol vivifica la tierra. De él es de quien nosotros tenemos el ser.

La clara voz de Dorotea se levantó en medio del silencio, diciendo:

—No. El sol no es más que un servidor de mi Dios y Señor. Sólo a Este son debidos el incienso y las adoraciones.

Y con un novimiento repentino y vivo tiró al suelo los preciosos aromas.

El murmullo de la irritada multitud se levantó como una marejada.

La joven volviendo hacia ella su rostro, bello y apacible, dijo con una dulce sonrisa:

ROSAS Y ALBÉRCHIGOS

33

—No temais. Este dios de metal insensible e inerte no sabrá vengarse.

Serenio que se había levantado exclamó balbuciente:

—¡Basta!... ¡Basta! No más insultos a los dioses! ¡Quiéres, si o no, renunciar a tus estúpidas supersticiones?

Dorotea cruzó sus blancas manos sobre el pecho y dijo con firmeza.

—Soy cristiana.

—El sufrimiento al cual una joven de tu condición no está muy acostumbrada sabrá dar razón de tu resistencia. Lictor, continuó volviéndose a un soldado, prepara tus varas.

Un verdugo había ligado las manos de Dorotea y por las largas trenzas de sus cabellos la había atado a una argolla fijamente empotrada en una columna.

El lictor deshizo su segur y levantó sus silvantes varas.